





LINAJE



Alejandra Navas

LINAJE



Primera edición: julio de 2018
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Alejandra Navas
© Diseño de portada: Miguel Robledo Ruíz
ISBN: 978-84-17362-34-8
ISBN digital: 978-84-17362-35-5
Depósito legal: M-7108-2018

Editorial Adarve
C/ Marcenado 14
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*Para Santiago
Mi hijo, mi inspiración,
mi orgullo, mi polo a tierra, mi cómplice,
mi compañero de camino.
Este libro es sólo un ejemplo más de que lo
que imaginamos es posible
si le ponemos pasión y
convicción*





PREFACIO

Etimológicamente, la palabra *linaje* proviene de la voz latina *línea*.¹

Buscando una definición exacta de esa palabra, que apareció en mi mente a las tres de la mañana sin ninguna razón o vínculo con algo que hubiera vivido el día anterior, descubrí que hace referencia a *la línea de antepasados y descendientes de una persona*.² Y ahondando más, descubrí que, a lo largo de la historia, el término se ha utilizado especialmente para establecer diferencias sociales que suponían superioridad o privilegios. Las sociedades basaban la riqueza, el poder y el respeto en estas diferencias proporcionadas por el linaje.

A pesar de toda la información que descubrí, no estaba contenta. No llegaba a donde yo quería llegar. Tengo que explicar que la búsqueda de un título para esta novela, ocurrió después de haber terminado de escribirla. Y la «revelación» de esta palabra, si bien era impactante y categórica, no me ayudaba a entender por qué debía ser ese y no otro el título de mi libro. Hasta que encontré esta frase *«el linaje se hacía visible en escudos, símbolos o incluso formas de comportamiento o tradiciones específicas que se mantenían a lo largo del tiempo y que formaban todo un complejo sistema de representaciones familiares»*.³ Ahí estaba la justificación de este libro y la razón de ser de su título.

No soy una persona que *«conduzca el carro mirando permanentemente el retrovisor»*; al contrario, me concentro en el camino que tengo al frente. Sin embargo, hace un año aproximadamente, sentí la necesidad de mirar hacia atrás. Desandar los pasos, desmenuzar las decisiones que tomé y entender por qué estoy en el lugar en el que estoy ahora y soy la persona

1 www.es.thefreedictionary.com

2 www.wikipedia.com

3 www.defnicionabc.com

que soy hoy. Creo firmemente que todo ocurre por una razón, lo bueno y lo malo. Y ahora quiero simplemente hacer un viaje al pasado y ver cómo la cultura de esta región, la manera de vivir la religiosidad, el amor, la pasión e incluso el sacrificio y el riesgo en una determinada época, condicionaron la educación de mis antepasados y por consiguiente la mía.

Desde que llegó a mí la idea de escribir una novela, y ponerle seriedad a esta necesidad de dejar de limitarme a los montones de hojas sueltas con pensamientos e ideas que se me ocurren a cualquier hora del día, fue claro para mí que serían tres libros. La historia que quiero contarles se desarrolla en tres etapas, o más bien, a lo largo de tres generaciones. La utilización del término «linaje» es coherente si se toma como un viaje al pasado, a los orígenes y a todos aquellos elementos que moldean a una familia y la hacen diferente de las demás. Este primer libro se desarrolla en los años cuarenta, en Colombia, en la Costa Atlántica más exactamente. Si bien puede parecer un libro autobiográfico, no lo es. He decidido utilizar algunos rasgos de la personalidad de mi abuela, algunos hechos que enmarcaron su vida, con una historia inventada por mí. El propósito central, lejos de recrear con lujo de detalles la historia de mi familia, es entender, es hacer un viaje al pasado y meterme en la piel de unos personajes que serán determinantes a la hora de forjar la generación de los personajes de la época de mis padres, y finalmente, mi época.

Probablemente algunos lectores se identifiquen con la historia de los personajes, sus batallas interiores y ese permanente dilema entre la educación recibida y lo que dicta el corazón, la intuición, el instinto o como quieran llamarle.

De ninguna manera daré definiciones ni pretendo dar consejos, sólo quiero mostrarles lo que aprendí, lo que sigo aprendiendo, con la esperanza de que alguien se identifique con algo de lo que expongo y desbloquee barreras y obstáculos que le impidan ver lo mucho que vale.

El propósito de esta novela es, entonces, lograr una conexión con aquel que se identifique con algo de lo que aquí escribo y que entienda, o que yo entienda, que no estamos solos, que esto hace parte de nuestro camino y que, finalmente, mirando las cosas en perspectiva, es lo que hace que la vida sea interesante.

Es importante anotar, ya para terminar este prólogo y dejarlos por fin adentrarse en los meandros de esta historia, que es un libro con un espíritu positivo. Para mí, el vaso siempre está casi lleno. No es ingenuidad ni idealismo exagerado. Así me esfuerzo por ver la vida, por asumir los desafíos y ponerle la cara a los momentos difíciles. Quisiera que esta historia entretenga y, en el camino, los haga pensar en su propia historia.



CAPÍTULO 1

San Félix, 1942

Hacendado, no tan próspero, de San Félix, pueblo con un montón de habitantes a orillas del río Cesar, en el norte colombiano, Francisco de Armenta sólo tenía ojos para sus fincas y sus tres hijas: Hortensia, Blanca e Isabel. A los treinta años había visto con desolación cómo la muerte se llevaba a su esposa María justo después de dar a luz a su tercera hija. Afortunadamente estaba Lila, su cuñada, quien había aceptado ocuparse de la crianza de las niñas, sacrificando así sus posibilidades de casarse algún día. La muerte de María lo había afectado enormemente. Nunca pensó en volver a casarse. Aunque debía haberlo hecho para así tener el hijo varón que tanto deseaba. Pero María había sido el amor de su vida, y ninguna mujer de la región podría reemplazarla. A pesar de haber sido un matrimonio arreglado por sus padres, desde que la vio, se enamoró de ella y nunca más volvió a mirar a ninguna otra mujer. No podía. Lila, hermana de María, había cumplido a cabalidad con su misión de educar a las niñas y ocuparse de la casa y se había convertido, con el tiempo, en su mejor amiga y confidente. No necesitaba complicarse la vida con las pendejadas del amor.

Ya habían pasado diez y seis años y la vida había retomado su rutina. Francisco de Armenta había heredado las fincas de su padre, esas tierras que habían estado en su familia por tres generaciones, desde que su antepasado Simón de Armenta vino de España a probar fortuna. Protegida de los vendavales y las borrascas por la imponente Sierra Nevada de Santa Marta, a orillas del río Cesar, la zona estaba poblada de grandes pastizales propicios para criar ganado y cultivar algodón.

Su vida era tranquila y sin sobresaltos. No le gustaban las grandes fiestas y sólo ocasionalmente aceptaba tomarse un whisky con sus compadres. Cuando no estaba revisando el ganado o los cultivos de algodón, estaba en su casa, revisando las cuentas o leyendo. La situación económica no era fácil y como no tenía hermanos ni primos, sólo podía apoyarse en Lila. Tal vez por eso eran tan buenos amigos. Sólo se tenían el uno al otro. Del lado de la familia de María, sólo quedaba su tío, el padre Pío, pues sus padres se habían muerto jóvenes de alguna de esas enfermedades que daban en la época y para las que no existía ninguna explicación ni cura.

Hacía dos meses había casado a su hija Blanca con Feyo Alazán. Con dieciocho años había sido la más obediente y fácil de manejar de las tres. A pesar de ser la segunda, siempre había sido la más frágil y sensible. Como una flor delicada que con cualquier cosa podía marchitarse. Aunque físicamente era una joven saludable, tenía la tendencia a encerrarse en sí misma, a la soledad. Unos años antes había dicho que quería entrar a un convento, pero Feyo, un rico hacendado de Valledupar, se había enamorado de ella desde el primer día que la vio en una parranda donde los Dangond. Feyo supo el cuento del convento y con mucha paciencia, flores y visitas logró convencer a Blanca de dejar la pendejada y formar un hogar y tener hijos. Venía de una familia de diez hijos, todos altos, bien plantados, de brillantes ojos azules, trabajadores, nobles, de buen corazón, con mucho dinero, pero también con muchas ganas de hacer algo por la región, por la comunidad en que vivían. Eso era lo que había enamorado a Blanca y la había convencido de que había otras formas de ayudar al prójimo.

Francisco hubiera preferido casar primero a la mayor de sus hijas, Hortensia. A los veintiún años, ya se estaba quedando solterona y casar a la segunda no era buen augurio. Había intentado todo, organizado fiestas en la casa, renovado sus contactos con los hacendados de la región. Pero Hortensia los espantaba rápido cuando abría la boca. ¿Quién carajos le había inyectado el gusto por los libros a esta muchacha?, ¿cómo era posible que supiera más de política que él?

Hortensia no había heredado nada de María, era el exacto reflejo de él mismo, su misma estatura y estampa, no era fea pero sus rasgos eran fuertes y masculinos, sonrisa amplia y franca, profundos ojos café, nariz

muy recta y grande. La naturaleza, sabiamente, había compensado la falta de atributos físicos con una inteligencia sin par. Carecía de instinto materno y ocuparse del hogar y de los hijos no era lo que ella tenía en mente. Ella quería estudiar. Estaba enloqueciéndolo con sus cuentos de libertad, de independencia. Quería ocuparse de las fincas. Pero para Francisco de Armenta, esa no era una actividad para las mujeres. Había que encontrarle marido, uno de su misma categoría social.

Le tenía miedo a la reacción de Hortensia. Miedo era probablemente lo que Hortensia inspiraba a los hombres de la región. Debía ser por eso que no conseguía marido. Era tan inteligente y aguda que no cualquier hombre podría darle la talla a su hija mayor. Sí, era definitivamente como él, para su satisfacción personal. Pero en la conversación que debía tener con ella no debía mostrar ese orgullo. Y sí, efectivamente, tenía una idea clara de la reacción que tendría ante su ultimátum.

—¡Hortensia! ¡Hortensia! ¿Dónde carajos está esta muchacha que no me responde? ¡Lila! ¡Lila! ¡Búscame a esta niña que me estoy *emberracando*⁴! —gritó Francisco al ver que su hija no llegaba al instante.

—Anda Francisco cálmate, es domingo y tú sabes bien que después de misa las *pelás*⁵ van al cementerio a ponerle flores a la tumba de María. Algo que tú deberías hacer también. El padre Pío no deja de preguntarme por qué no vas a sus misas. Me ha tocado inventarle una mentira, que andas cansado y enfermo y que no estás durmiendo bien. Me tocó comulgar sabiendo que había dicho una mentira. ¿Te imaginas lo que me hubiera dicho el Padre si le confieso que le menté? ¿Y lo que te diría a ti si sabe que no fuiste a misa porque no se te dio la gana?

Sin el más mínimo remordimiento, con una mirada desdeñosa, Francisco le respondió a Lila:

—¡Me importa un carajo lo que piense el padre Pío! No tengo cabeza para ir a misa y encontrarme con todo San Félix y sus habladurías, tampoco estoy de ánimo para sus regaños. Puede ser muy tío de ustedes, pero no es verdad que me voy a dejar regañar otra vez por él. Dile más bien a Josefa que me haga una limonada y me la lleve a la biblioteca y apenas lleguen las *pelás*, mándame a Hortensia que tengo que hablar con ella.

4 *Emberracando*: enojándose

5 *Pelás o Peladas*: las muchachas

—El sancocho ya está casi listo así que te esperas, no vas a poner ahora a Josefa a subirse al árbol a cogerte limones. ¿De qué vas a hablar con Hortensia? ¿A quién le vas a proponer como marido esta vez? Hablé con Leonorcita Dangond y me contó que su sobrino Carlos José llegó de Bogotá ayer, y está soltero. Los Dangond son gente buena, los conocemos de toda la vida. Tal vez si se lo presentamos a Hortensia, encuentren cosas interesantes de qué hablar. No todos los días hablamos con gente que vive en la capital.

—Lila, ya sabes cómo es Hortensia, rechaza sin piedad a todo hombre que no esté al tanto de la política. No quiero que le haga una grosería a un Dangond, y enemistarnos con esa familia. Lo que tengo en mente es mandarla para Santa Marta. Esta vez es ella la que va a tener que buscarse un marido porque si no lo hace, la desheredo.

—¡Francisco tú no serías capaz de hacer eso!! ¿Qué locura es esta?, ¿ah? —le respondió Lila asustada—. Tú me habías dicho que con la ayuda de Feyo Alazán la situación económica iba a arreglarse.

—Sí, ya he arreglado las cuentas con el Banco pues tener a Feyo como yerno y garante le ha devuelto la confianza al gerente en mi capacidad de responder por el préstamo. Y si todo sale bien, podemos respirar tranquilos nuevamente en algunos meses. Pero no puedo permitir que Hortensia se quede solterona. No vamos a durar toda la vida mujer, y quiero dejar a las niñas con unos hombres que se ocupen de ellas cuando tú y yo ya no estemos por aquí.

Lila se quedó callada. En un segundo pasaron por su cabeza los años que siguieron a la muerte de su hermana y cómo, ella, con veintiún años, la misma edad de Hortensia hoy, sin pensarlo dos veces había decidido ocuparse de la familia de su hermana mayor como si fuera la suya. Sus sobrinas se convirtieron en las hijas que siempre deseó tener. Francisco le dio el lugar de señora de la casa si bien en su corazón ella siguió siendo su cuñada y, con los años, su mejor amiga. No se arrepentía de nada. Su único pariente cercano era el padre Pío. Su destino habría sido un convento si María no le hubiera pedido desde el nacimiento de Hortensia que se fuera a vivir con ellos para ayudarla con la niña. Ella le había prometido a María antes de morir que nunca abandonaría a sus sobrinas, que nunca permitiría que las separaran, que se casarían por amor y, sobre todo, que no permitiría que las mandaran a un convento. Esa no era vida

para nadie. Lila Celedón podía ser la más piadosa de los feligreses de San Félix, pero su amor a Dios no implicaba encerrarse en un convento y darle la espalda al mundo.

—Lila, ¿qué dices? Te has quedado callada.

—Estaba pensando en María, yo le prometí antes de morir velar por sus hijas, asegurarme que se casan por amor y no sólo por conveniencia. Así que tendrás que pasar por encima de mi cadáver si quieres obligar a Hortensia a una locura como esa. Me voy a asegurar personalmente que Hortensia e Isabel se van a casar por amor como lo ha hecho Blanca. Y ni se te ocurra pensar en desheredarla, María me dejó una buena plata y junto con mi herencia, tengo un buen capital para mi vejez así que, si desheredas a Hortensia, me la llevo a vivir conmigo.

Lila era una mujer dulce y a los treinta y siete años aún era una joven, pero cuando se le metía algo en la cabeza, podía ser más imponente que el mismo Francisco.

—Yo no sabía que María te había dejado dinero. Definitivamente las mujeres de esta familia son unas rebeldes. ¿Qué es esa idea de irte y llevártela? ¡Toda la gente que conozco se ha casado por conveniencia mujer, los padres saben mejor que las hijas lo que les conviene! Tú te quedas aquí conmigo y juntos vamos a buscarle un buen marido a las niñas —Añadió Francisco molestándose esta vez con el comentario de Lila—. ¿Desde cuándo piensas así?

—Desde que tú te casaste por amor con mi hermana y la hiciste inmensamente feliz —le espetó Lila enérgicamente.

Francisco quedó mudo. Después de unos segundos de silencio absoluto, por fin respondió:

—Tienes razón Lila, mis hijas se casarán por amor y ni se te ocurra pensar en irte y llevarte a Hortensia contigo. Confía en mí, el plan que he ideado va a lograr lo que ambos queremos, que Hortensia se consiga un hombre bueno por esposo.

El sancocho estuvo listo a las doce y treinta en punto. Las niñas llegaron del cementerio acaloradas y sonrientes. A través de los años, las visitas al cementerio se habían convertido en un momento especial para las tres hermanas. Luego de hacer una oración por el alma de su madre, se sentaban a conversarle, a contar a su manera las cosas importantes de la semana, los sueños y las confidencias. Las tres eran las mejores ami-

gas, era un estricto círculo al que ni siquiera la buena tía Lila tenía acceso. Aunque sabían que ella estaría siempre de su lado frente a decisiones importantes concerniéndoles. Si bien conocían a todas las muchachas de su edad y tenían buenas relaciones con todo el mundo, no se confiaban a nadie. Tal vez porque Lila se había alejado de la sociedad provinciana ante los chismorreos por ser soltera y vivir junto con su cuñado y sus sobrinas, que las tres hermanas habían optado por hacer lo mismo. No les gustaban los chismes ni las comidillas propias de los pueblos y habían sido educadas por dos personas cuya principal pasión era la lectura, así que desde pequeñas se habían acostumbrado a discutir temas profundos y complejos muy diferentes de los temas de conversación de las muchachas y muchachos de su edad. Llevaban una vida simple y recatada y si bien asistían a fiestas y reuniones, la mayor parte del tiempo, sólo salían entre ellas, a bañarse al río o a caminar.

La primera en hablar había sido Blanca, como había sido la primera en casarse. Era, por consiguiente, la más «experimentada» en cuestiones de hombres y tenía mucho que contarles a sus hermanas en los pocos días que estaría de visita.

—Feyo es muy dulce conmigo, me trata como a una reina. No me puedo quejar. Las cosas de la casa me dejan tiempo suficiente para ir a la parroquia y adivinen qué: me he inscrito junto con Ligia, una de mis cuñadas, a las Damas Rosadas de la Cruz Roja. Feyo ya me dio permiso y estoy contenta de poder ayudar a organizar obras de caridad y reunir fondos para mejorar el hospital y acompañar a los enfermos.

—¿Cómo así que Feyo te dio permiso Blanca? —replicó enseguida Hortensia—. ¡Tú no necesitas pedirle permiso para hacer lo que quieras con tu tiempo, ni más faltaba!

—Deja de molestar a Blanca, Hortensia —le contestó Isabel—, ella hizo bien, ¿en qué mundo crees que vivimos? ¿Quieres que empiecen a pelear y se le dañe el matrimonio? Ella obtuvo lo que quiso por las buenas, no sirve de nada enfrentar a los hombres.

—Mira que habló la experimentada —respondió Hortensia un poco celosa de ver que Isabel, la menor, tenía razón.

—Tú sabes que tengo razón Hortensia. Yo pienso como tú, y se me revuelve el estómago de pensar que tenemos que pasar nuestras vidas pidiendo permiso a un hombre para hacer algo con nuestras vidas, prime-

ro a papá y luego al marido. Pero no es buscando la pelea como vamos a poder lograr algo de ellos. Hay que seguirles la corriente y llevarlos a que hagan lo que queremos —añadió Isabel.

—¿Y a ti quien te enseñó eso Isabel? Estás viendo muchas novelas con Tía Lila —dijo Hortensia ya más calmada, aunque se daba cuenta que tal vez Isabel era más inteligente que ella. Con los permisos siempre era Isabel la que obtenía lo que quería de su papá. Ella, sólo generaba sospechas cuando se mostraba dócil y complaciente. Le costaba admitirlo, pero Isabel tenía razón. Claro que no se lo iba a decir. Ella era la mayor y tenía que mostrar que ella era la más inteligente.

—No son novelas Hortensia, es el sentido común. Yo no leo tantos libros como tú, pero observo a la gente y aprendo —continuó diciendo la hermana menor.

—Bueno dejen ya de discutir que me ponen nerviosa, ya casi tenemos que regresar a la casa y aún no les cuento todo —interrumpió Blanca, sirviendo una vez más de catalizador ante sus dos hermanas.

—Cuéntanos Blanca, me muero por saber todo con detalle —le dijo risueña Isabel.

—Ahórranos por favor las fiestas, los vestidos, los chismes y las recetas de cocina —dijo una vez más Hortensia, no muy contenta de no ser ella el centro de atención.

—Algún día, cuando te cases, te va a tocar saber cocinar, te va a tocar organizar fiestas y mandarte a hacer vestidos... y ahí vas a decir: «¿por qué no le habré puesto atención a la experiencia de Blanca?» —dijo Blanca con cara de mujer experimentada.

—Ni lo pienses, a mí no me interesa casarme.... Esa es la última de mis preocupaciones —le respondió Hortensia.

—Bueno, cuéntanos lo más importante y dejamos las recetas y los chismes para esta noche Blanca, yo me paso a tu cuarto como a las diez de la noche y me cuentas todo —adujo Isabel, terminando así la polémica de Hortensia.

—Bueno... Feyo y yo ya hemos estado buscando un bebé —canturreó Blanca.

—¡Qué emoción Blanca! y ¿ya estás embarazada? —le preguntó Isabel con sincera emoción.

—Deja la gritería Isabel, estos no son temas para ti.

—¿Tú crees que está mal que le cuente a Isa, Hortensia? Feyo es tan impetuoso que no me extrañaría que ya estuviera embarazada, pero tengo que esperar aún unas semanas para saberlo.

—Eso sí que me interesa Blanca, cuéntame cómo es el asunto que Tía Lila no me quiere decir nada —le dijo Isabel con curiosidad. Las relaciones sexuales eran un tema tabú en todo tipo de conversaciones. ¿Cómo querían que uno supiera qué hacer la primera noche si no le explicaban a uno qué iba a pasar, que había que hacer? —se preguntaba siempre Isabel.

—Isabel Ese no es un tema de conversación para niñas de tu edad, y menos en frente de la tumba de mamá. ¡Como siempre hablas impulsivamente! —dijo Hortensia con su tono de hermana mayor.

—Tú también debes tener curiosidad Hortensia, no me digas que no —le respondió Isabel.

—No, para que veas que no, yo sé todo lo que hay que saber y lo que Blanca haga con Feyo no me interesa —agregó Hortensia—, más bien, vámonos que el sancocho ya debe estar listo y papá se desespera cuando no estamos en la mesa a las 12:30 en punto.

—Y esta noche definitivamente me voy a tu cuarto y me cuentas todos los detalles!— le dijo con malicia Isabel a su hermana quien la miró sonriendo.

Hicieron una breve oración y se fueron corriendo para la casa. Isabel, con su vestido color amarillo era la que corría más rápido, como siempre, la vida iba demasiado despacio para su gusto, su pelo recogido en una simple cola de caballo que se movía como si fuera un verdadero caballo que corre al compás con el viento. Blanca caminaba lentamente, con su vestido blanco, parecía una aparición, con su pelo recogido en un moño simple y sus formas redondas exudaba dulzura y paz. Hortensia, con su vestido gris, sin bordados ni chichis, simple y casi militar, caminaba rápido, con la elegancia que la caracterizaba, su pelo corto la hacía ver más sofisticada.

El recorrido no era largo, pero tenía la ventaja de estar un poco alejado del pueblo, así que no tenían que encontrarse con nadie conocido. Esa era la razón por la que habían decidido que el domingo a las once de la mañana era el mejor momento para ir. Con el calor que hacía, nadie se aventuraba a visitar el cementerio a esa hora. San Félix era un

pueblo pequeño, con la Sierra Nevada a sus espaldas y, para llegar ahí desde Santa Marta o desde Valledupar, había que dar el correspondiente rodeo a las montañas. Sus pocos habitantes se conocían todos entre sí y las clases sociales se limitaban a los que vivían alrededor de la plaza, y el resto. No eran casas ostentosas, pero eran amplias y cómodas. La casa de los de Armenta quedaba en la plaza principal, entre la casa de los Lacouture y la de los Dangond. Típicas casas coloniales, con ventanas en arco y balcón en madera, eran muy parecidas en tamaño. La casa de los de Armenta era blanca, mientras que las otras dos eran amarillas y ocres respectivamente. En el patio en el centro, con helechos y trinitarias blancas, naranjas y rosadas trepando por las paredes, oxigenaba la casa. Lila tenía una mano especial para las matas y ponía especial esmero en que estuvieran bien cuidadas las grandes materas de corales, y dos acacias para dar sombra que bordeaban la entrada de la casa.

La temperatura bajaba ligeramente en el interior de la casa. El olor a sancocho trifásico perfumaba la sala de los mecedores, el cuarto de visitas, el gran comedor y la biblioteca. En el segundo piso, se respiraba el olor a jazmín. Tía Lila adoraba esa flor y todas las mañanas ponía en cada cuarto un ramito para perfumar el ambiente.

El cuarto principal quedaba al fondo, le seguían los tres cuartos de las niñas y al otro extremo del corredor estaba el cuarto de Tía Lila. La decoración era simple, pero se veía el esmero y el toque femenino de Tía Lila en cada detalle. Desde las fundas de las almohadas y sábanas marcadas con las iniciales de cada una, hasta las sobrecamas hechas a mano por Tía Lila. Cada hija había imprimido su toque personal a los cuartos decorados inicialmente igual. Una cama, una mesita de noche, una repisa para poner cosas, un tocador, un gran armario, y un mecedor. El cuarto de Blanca, tenía un papel de colgadura blanco traído de España con florecitas rosadas. En su mesita de noche tenía la Biblia, un rosario, un abanico traído de España y un pañuelo. El tocador estaba lleno de cajitas con cadenitas, pulseras, aretes, y un perfume Nina Ricci. En la repisa, una imagen de la virgen, un cristo y el florero con jazmines.

El cuarto de Hortensia olía a libros, los había por todas partes. El florero servía para sostener los libros y el tocador servía de escritorio. El papel de colgadura era de un sobrio color beige. En realidad, todo era beige en ese cuarto. Pero como dato curioso, no había ni una sola

imagen religiosa. ¿Para qué? ¡Si para hablar con Dios no se necesitan imágenes! Decía siempre que le hacían el comentario. En realidad, ella no era muy religiosa. Creía en Dios, pero no veía la necesidad de pasarse todo el día rezando. Desde una perspectiva meramente lógica, rezar el rosario, repetir oraciones como un loro no servía para nada práctico. Ella necesitaba ver y tocar para creer.

El cuarto de Isabel estaba lleno de color. Recortes de revistas con las actrices famosas de Hollywood, recortes de la Tour Eiffel en París, la Estatua de la Libertad en New York, la Torre de Pisa en Italia y el Big Ben en Londres. También tenía afiches de películas sobre un papel de colgadura azul claro con pajaritos volando aquí y allá. El tocador estaba lleno de frascos vacíos de perfume. Isabel adoraba los perfumes. Pero no uno en especial, cada año probaba una fragancia diferente. Tía Lila le decía: «*¿pero muchacha cómo quieres que un muchacho quede prendado de tu perfume si no sabe cuál llevas?*». A lo que Isa, como la llamaban todos, le respondía con mirada pícaro: «*precisamente Tía Lila, el misterio es la clave... así cada día soñará con verme y se preguntará con qué tipo de perfume voy a sorprenderlo cada vez que me vea*». Ante lo cual Lila respondía: «*¡Ay muchacha, vas a volver locos a los hombres de la región!*».

Isabel era la que más se parecía a ella, físicamente tenían la misma textura mediana, rostro cuadrado, ojos café grandes, nariz aguileña, ni muy pequeña ni muy grande, labios delgados y una hermosa sonrisa. Ambas eran el tipo de mujer que no pasaba desapercibida. Siempre estaban sonrientes, iluminando todo lo que las rodeaba con sus ganas de vivir intensa y apasionadamente. Le parecía estar viéndose. Como Isabel, soñaba con mundos lejanos, le gustaba el arte, la música y todo lo que les llegaba de Estados Unidos por la radio. Tenían suerte de no tener que sufrir la guerra en carne propia. Venezuela, México, Brasil ya se habían aliado a los Estados Unidos y las noticias que se oían en la radio no auguraban nada bueno para la humanidad. A pesar de no entender mucho de política, a Lila le gustaba leer y oír radio para enterarse de lo que pasaba en el mundo. Había logrado hacer toda la primaria, lo que le permitía ocuparse de las cuentas de la casa, ayudar a Francisco con las cuentas de la familia, comentar con él las noticias de actualidad y leer todo lo que se le pasara por los ojos. Era inteligente y le encantaba aprender. Algo positivo tenía que tener el hecho de no haber encontrado marido joven.

Tal vez era por eso que no lo había encontrado. Todos los hombres que se le habían acercado le parecían brutos y machistas. Sin embargo, no se sentía amargada ni frustrada. Estaba satisfecha con su vida. El destino había hecho las cosas de tal manera que había compensado la falta de un esposo con unas hijas maravillosas y un cuñado que le había dado no solamente un hogar donde vivir y un soporte económico sino una amistad incondicional. Por eso tenía miedo por Hortensia. Blanca tenía la forma de ser de María, nerviosa, dulce y un tanto insegura de sí misma y físicamente tenían el mismo tipo de belleza: dulce y serena. Su vida era el hogar, los hijos y su marido, aunque temía que hubiera heredado las tendencias depresivas de su madre pues nunca la veía exultante de felicidad, sólo una aceptación discreta de lo que le trajera la vida. Isabel era inteligente como ella, estaba segura de que saldría adelante y sería feliz porque estaba segura que encontraría un buen hombre, no un bruto machista que sólo la utilizara para darle hijos. Era lo suficientemente inteligente para ser feliz en la época que les había tocado vivir. Hortensia era diferente. Era igualmente inteligente y había que ser inteligente para ver su verdadera belleza, pero estaba resistida a adaptarse a lo que se esperaba de las mujeres en esa época.

El sancocho había quedado especialmente sabroso. El ñame, la arracacha y la yuca habían salido buenos en la cosecha de este año, lo que no siempre era fácil de obtener. Isa no comía aguacate y a Blanca había que colarle la sopa porque no le gustaba ni el cilantro, ni la cebolla ni los trozos de zanahoria. Hortensia no se servía mucho, pero se comía todo. Francisco comía por dos, pero ese día no tenía mucho apetito.

—Hortensia, ven a la biblioteca después de la siesta que tengo que hablarte.

—¿De qué se trata papá? Porque yo también quería hablarte. Don Emiro Daza se va a jubilar pronto y ya le dije que me enseñara todo lo que había que aprender en contabilidad para poder ayudarte aquí en la casa.

—Mira, ¿y quién te ha dado permiso? ¿Cómo es eso Hortensia? ¿Soy el último en enterarme de todo en esta casa o qué? —le respondió Francisco medio enojado.

Isabel repuntó enseguida presintiendo una tormenta venir.

—Acuérdate que Hortensia ya nos había dicho el otro día que don Emiro estaba buscando un pupilo. Como andas tan ocupado seguramente que no oíste.

—¿Cómo es eso? ¿Va a estar sola con ese hombre en un cuarto? — seguía insistiendo Francisco.

—Ay papá, de todas maneras, ya sabes cómo es el pobre señor, ya está tan viejo que ni distingue si Hortensia es hombre o mujer. Te puedes poner los pantalones de mi papá Hortensia y así calmamos los chismes. Aunque a quién carajo se le puede ocurrir un mal pensamiento viniendo de don Emiro —agregó burlona Isa.

Francisco se calmó. Era cierto que últimamente no les ponía mucha atención a las conversaciones de sus hijas.

—Sí... creo recordar que algo se había dicho al respecto. De todas maneras, lo que tengo que conversar contigo puede cambiar las cosas así que te espero después de la siesta. Estaba muy bueno el sancocho, pero Lila, dile a Josefa que la próxima vez me ponga más plátano maduro que a mí no me ha tocado sino un pedacito —le dijo Francisco, levantándose de la mesa al mismo tiempo, indicando así que la conversación había terminado y por consiguiente el almuerzo también.

—Tía Lila, ¿de qué quiere hablarme papá? —le preguntó Hortensia a su tía tratando de ganar tiempo y preparar sus respuestas de antemano.

—Ya lo sabrás muchacha, no es nada grave, te lo aseguro —le dijo Tía Lila tratando de tranquilizarla—, de todas maneras, recuerda que tu papá te adora y no hará nunca nada que no sea por tu bien. Es una oportunidad que puede ser muy buena para ti, si sabes utilizarla con inteligencia.

Hortensia quedó más confundida que antes. Se levantó de la mesa enseguida y se encerró en su cuarto sin dirigirle la palabra a sus hermanas y su tía. Tía Lila sabía guardar secretos y era inútil insistirle. Sin embargo, su resistencia a adelantarle algo la tranquilizó. Si fuera algo realmente grave, ella la defendería y no dudaría un segundo en oponerse a su padre por ayudar a ella o sus hermanas. Pero ¿qué debía leer entre líneas sobre las frases que pronunció Tía Lila?

La hora de la siesta era sagrada en la costa caribeña. Incluso los bancos y el comercio en general, cerraban a las 11:30 y no volvían a abrir sino a las 14:30 de la tarde. Esto ocurría hasta en Santa Marta, Cartagena

y Barranquilla, las ciudades más grandes de la región. La razón principal era el calor. Al mediodía las temperaturas podían llegar fácilmente a los 40° centígrados. En Bogotá los «cachacos» se burlaban de los «costeños» diciendo que eran perezosos y que no les gustaba trabajar. Pero ¿quién podía trabajar bajo estas temperaturas? Las casas habían sido construidas con techos que sobresalían a los muros de tal manera que las ventanas podían permanecer abiertas sin temor a que el sol entrara directamente en la casa.

A las 14:30 en punto Hortensia bajó a la biblioteca. Su papá ya se había dado el consabido baño del mediodía. El ambiente quedaba impregnado del Agua de Colonia *Marie Farina*.

—Pasa *mijá*⁶ —le dijo Francisco levantando los ojos de los libros de contabilidad.

Hortensia entró alzando los hombros y poniendo las manos en la cintura con actitud desafiante.

—Dime de una buena vez que es lo que quieres decirme papá.

—Primero, cámbiame esa actitud desafiante que no me parece respetuosa Hortensia. Estoy preocupado por ti. Ya sabes cómo son las malas lenguas y el tiempo pasa. He organizado fiestas, he invitado a la casa muchos de buena familia, he hecho todo lo que está en mis manos para que te fijaras en alguien y decidieras casarte y formar un hogar, pero no lo has hecho. Ningún hombre de la región parece ser lo suficientemente bueno para ti. Así que ya he escrito a Carmen Alicia Lacouture, tu prima que vive en Santa Marta. Su esposo, Rodrigo de Andreis, es una persona influyente, está muy bien relacionado, y sé que estarán encantados de tenerte allá una temporada. Le di instrucciones a Carmen Alicia para que te presente a lo más granado de la ciudad. Creo que en una gran ciudad podrás encontrar un hombre bueno con quien formar un hogar.

—¿Qué es esto papá? ¿Me vas a tratar como una vaca a la que hay que poner en exposición para buscar el mejor postor? ¡Es injusto lo que estás haciendo! —interrumpió Hortensia perdiendo la calma.

—Aquí nadie te está tratando como una vaca. Hija, ¿no te das cuenta que envejeczo y que quiero asegurar el futuro de mis hijas? ¿Quieres quedarte sola el resto de tu vida? ¿Quieres realmente quedarte solterona? —dijo Francisco alzando la voz—, sería injusto si te impusiera un

6 *Mi hija*: expresión familiar y cariñosa.

marido que no quieres. Y me concederás que he respetado tus deseos cada vez que has rechazado a un muchacho de por aquí. Hortensia, tienes veintiún años, dentro de poco vas a ganarte la fama de solterona y ¿qué te espera para el futuro? ¿La soledad? Créeme, envejecer solo es muy duro y pasar el resto de tu vida sin amor no es lo que quiero para ti. Ya he conversado con Lila y ella está de acuerdo conmigo.

—¿Y por qué no has pensado por un momento que quizás yo quiera estudiar y trabajar? Los buenos partidos en Santa Marta serán seguramente como los de aquí. Unos hombres que nunca hablan con sus esposas, sólo las quieren para tener hijos, asegurarse un heredero, y para ocuparse de la casa. Detesto la cocina, detesto hacer aseo, no soporto oír un bebé llorando, no me interesa saber cómo se cambian los pañales y mucho menos qué darle cuando tiene diarrea.

—Yo sé hija, no podemos cambiar la sociedad en que vivimos. Pero no todos los hombres son iguales, estoy seguro que existen muchachos inteligentes y cultivados con quienes puedes hablar de política, de filosofía y yo no sé qué otros temas de esos que tanto te gusta leer. Ya he tomado la decisión Hortensia, esta vez me vas a obedecer porque no quiero llegar a tomar medidas más drásticas contigo. Sólo te estoy pidiendo que vayas y aceptes encontrar gente, que te diviertas y, quién sabe, de pronto encontrarás al hombre de tu vida en este viaje. Algo me dice que estoy en lo correcto. Confía en mí.

Hortensia comprendió que no podía oponerse. aunque...

—Está bien papá, se hará como dices, pero si al cabo de un mes no logro encontrar el «hombre de mi vida» como lo llamas, entonces me dejarás estudiar lo que yo quiera.

—Sin condiciones Hortensia. Si no encuentras marido en un mes te regresas para acá y te casarás con el marido que yo escoja para ti. Al parecer el hijo de Renata Prieto vino a vivir a Santa Marta, ellos están buscando meterse en la sociedad provinciana y un buen partido como tú será la salvación para él, y no mirará cuántos años tienes.

—¿Para cuándo es el viaje entonces? —dijo Hortensia, haciendo caso omiso del último comentario de su padre.

—Pasado mañana. Orlando y Esthercita Pinto, van a Santa Marta así que quiero aprovechar que van en un carro bueno y con chofer para que te vayas con ellos.

—Está bien —respondió resignada la joven, tenía tanta rabia que ni siquiera le salían las palabras.

Isabel la esperaba en su cuarto. Lila le había dicho que era mejor dejarla sola, lo cual había cumplido Blanca, pues le tenía miedo a su hermana mayor. De todas maneras, ya Isabel le contaría todo pues estaba segura que ella no obedecería a tía Lila.

—Ajá, cuéntamelo todo Hortensia. ¿Qué quería mi papá? —le dijo Isabel con curiosidad

—Tengo que irme a Santa Marta pasado mañana a buscar marido, de lo contrario, me van a casar con Genaro Prieto. Los papás son unos aparecidos que creen que, porque tienen plata, pueden hacer lo que se les dé la gana en este pueblo. Hacen parrandas todos los fines de semana y el despilfarro de trago y comida es colosal. ¿No saben acaso que el mundo está en guerra?

—¡Qué buena noticia Hortensia! ¡Es la oportunidad que esperabas para salir de aquí, para ver otro mundo!— le dijo Isabel emocionada.

—¡Qué otro mundo ni qué nada!, sólo es Santa Marta, Isa, aterriza. Carmen Alicia Lacouture es la encargada de buscarme marido. ¿Te imaginas? Voy a pasar un mes yendo a almuerzos, cumpleaños, visitas. Un mes hablando estupideces con la gente, ¡mostrándome como una gallina al mejor postor! ¿Para qué quiero yo casarme? Como dicen por aquí: *el matrimonio es como las acacias, primero salen las flores y luego las vainas*.

—No lo tomes así Hortensia, ¡vas a pasar un mes divirtiéndote, con más actividad que la que tendríamos en San Félix en todo un año! Ver otra gente, respirar otro aire, te tengo envidia de la buena hermana. Ya quisiera yo hacer lo mismo. Imagínate, Blanca en Valledupar, y tú, si consigues marido, te quedas a vivir en Santa Marta, ¿qué va a ser de mí? Voy a terminar casándome yo con Genaro Prieto, y morirme aquí de aburrimiento, con la misma vida de siempre.

La angustia de Isabel enterneció a Hortensia.

—No te preocupes Isa, yo no te voy a abandonar. Pase lo que pase, si me quedo en Santa Marta, yo te mando a buscar y te traigo a vivir conmigo. ¿Qué te parece?

—¿En serio Hortensia, harías eso por mí?

—Claro que sí, ahora deja esa cara de gallina que va al matadero. De todas maneras, sólo son dos semanas. ¿Cuándo se ha visto que uno

consiga a su futuro marido en unos cuántos días? ¿Cómo cree mi papá que yo me voy a lanzar a los brazos del primer aparecido sin conocerlo bien? Así que más bien ayúdame a empacar, el viaje es pasado mañana y no tengo ni idea de qué voy a llevar, ya sabes que esas cosas me aburren.

—Déjalo todo en mis manos, yo me encargo de todo. Te voy a hacer las maletas, cada vestido con los zapatos y accesorios. Y los de las ocasiones especiales irán en el fondo.

Isabel se sentía morir. Blanca se había casado, y en cierta forma ella se sentía mayor que su hermana, más consciente de lo que era la vida y su hermana tan buena, tan piadosa, tan dulce, tan ajena a las crisis existenciales que la embargaban últimamente con mayor frecuencia a pesar de sólo tener dieciséis años. Pero Hortensia era su ejemplo de valentía y de fortaleza. Ella sabía que esa cara de fuerte determinación y seguridad escondía una mujer con miedo de conformarse y dejarse llevar por la corriente. Su instinto le decía que el viaje de Hortensia iba a cambiar su vida para siempre. Sentía que así estaba escrito. ¿Y su destino? ¿Cuál era? Lo único que sabía era que no quería quedarse en San Félix. Ella soñaba con volar, con recorrer otros mundos, hablar inglés, ser libre de los chismes de pueblo pequeño, hacer su vida sin tener que rendirle cuentas a nadie, sin compromisos y obligaciones sociales... Bueno, no podía dejarse llevar por la tristeza. Tenía a su papá y a su adorada tía Lila. Ellos la necesitaban. Los hacía reír con sus ocurrencias, imitando los ronquidos del padre Pío en el confesionario cuando creía que la parroquia estaba vacía; El caminado de Rebequita Baquero con sus 200 kilos que residían plácidamente en sus caderas, bamboleando la falda del vestido y a cada nuevo paso dando la impresión de caminar en una cuerda floja, con el riesgo inminente de una pérdida de equilibrio y una caída vergonzosa; la voz chillona y sufrida de Margarita Rosa en la novela que escuchaban tía Lila, Josefa y ella en la radio a las 8:30 de la noche. En fin, no todo era malo.

—¿En qué piensas muchacha? ¡Estás en las nubes! Ya te llamado tres veces para decirte que ya va a empezar la novela «Dos almas y un destino». Vino a decirle tía Lila, sacándola de sus pensamientos.

—Ya voy Tía Lila, ya voy. Estaba sólo pensando en bobadas.

—Ay mi niña, ¿estás triste porque se van tus hermanas? ¿Cierto? —le dijo tía Lila, presintiendo lo que sentía su sobrina—, ya llegará tu hora de

buscar tu vida, nena. Ten paciencia. Por el momento eres mía, y créeme que voy a disfrutarte al máximo. Vamos, deja esa cara y vamos a la cocina, Josefa ya tiene una limonada lista, ya revisó las pilas del radio y puso una botella con una vela por si se va la luz esta noche.

—Buena idea, ¡esa Josefa piensa en todo! Yo no sé si algún día me iré de aquí. ¿Cómo voy a dejarte a ti y a mi papá solos? ¿Qué harían sin mí para hacerlos reír? —le dijo en tono de burla Isa para ocultar la tristeza de saber que tía Lila había adivinado exactamente lo que estaba pensando.

—Ni lo pienses Isa, si encuentras al hombre de tu vida en otro lugar, ¡yo voy a ser la primera en darte unas buenas nalgadas para obligarte a irte! Yo no quiero que te quedes aquí cuidando a un par de viejos. Tu papá y yo nos haremos compañía así que no te preocupes por nosotros.

—No sé tía Lila, lo único que sé es que tú también soñaste algún día con viajar y ver otra cosa. Te has dedicado a cuidarnos porque tú tampoco pegas mucho con las chismosas de este pueblo. Tú eres diferente, y yo me parezco a ti, ¿cierto?

—Sí Isa, tenemos el mismo espíritu aventurero y rebelde, pero con la sensatez suficiente para saber que cada uno de nosotros tenemos una misión por cumplir en esta vida. Para eso nos trajo Dios al mundo a esta familia, en este pueblo y en esta época específicamente. Así que lo mejor que podemos hacer para ser felices es seguir nuestro instinto, cambiar lo que podemos cambiar y aceptar lo que no podemos cambiar y ser felices con lo que somos, porque cada día hace parte del plan de Dios. Acuérdate: *cada uno de nuestros cabellos los tiene Dios contabilizados.*